

Jorge Edwards

Realismo de los límites.

Rafael Cidoncha, pintor español en París, viajero frecuente a su tierra de origen, a Marruecos, a París, a otros lugares de este mundo, discípulo del chileno Claudio Bravo, es uno de los grandes neofigurativos de este momento. Tiene una visión personal de lo cercano, de lo interior, de lo escondido, del detalle cotidiano, y a la vez de lo abierto, de llanuras, lomajes, cielos y mares lejanos. En la pintura de espacios y objetos menores, de marcos sin sus cuadros, lomos de libros, papeles y archivadores apilados, se acerca a los límites de la abstracción y a menudo, en forma probablemente deliberada, los sobrepasa. Nos demuestra que la abstracción puede ser una realidad aumentada o disimulada. Sus frutas sobre manteles y tejidos de colores naturales, de geometrías alternadas y contrastadas, suelen ser pequeñas obras maestras. Matisse pasó por alguna parte, se encuentra en la distancia, en el gusto por el norte de África y por el Mediterráneo, pero también el bodegón español clásico.

Sus paisajes de formatos más amplios, interrumpidos o coronados por arquitecturas, por ángulos rectos, ventanas rectangulares, cúpulas impecables, líneas oblicuas, plantean una interacción, un juego, aunque las apariencias sean engañosas, de la abstracción o la proyección mental con la diversidad irregular de la naturaleza: con su desorden y su geometría secreta.

Se podría sostener que Rafael Cidoncha es un poeta de rincones, de silencios, de espacios que respiran y viven, ajenos a la intromisión humana, pero que han sido sorprendidos en su intimidad por la mirada del pintor. Es una mirada que se infiltra, que procede por medio de un efecto de sorpresa, que practica una forma de espionaje particular. Una mirada de “voyeur”, en resumidas cuentas. Pienso en su *Jardín con ciprés* del año 2001, en su *Paisaje del Estrecho*. Se trata

de pintar a la naturaleza en reposo, en momentos en que no se sabe vista por nadie, y menos por un pintor que se propone dejarla en evidencia.

En la serie de *La Tierra Prometida* encontramos caminos que nadie transita, arbustos retorcidos, árboles agostados, quemados, terraplenes resecos. Tenemos que suponer que la promesa desemboca en un casi desierto, en una tácita desolación, en senderos que no conducen a ninguna parte. ¿Poesía de la soledad, de los confines abandonados? Es muy posible que así sea, y que ahí se encuentre una de las claves de esta pintura.

Cidoncha pasó por la vanguardia pictórica en su extrema juventud y después la abandonó a su manera, con su discreción temperamental, sin hacer ruido. No cometió, como lo habría hecho la gran mayoría, un acto de traición bulliciosa, escandalosa. Huyó sin dar aviso a nadie, en desafío del pensamiento supuestamente correcto, con seguridad interior, y se replegó. Su atención a las cosas mínimas, a objetos en reposo, a artículos de limpieza personal, a lomos de libros, gafas en desuso, menajes de cocina y repostería, piscinas subterráneas, es una forma diferente, imprevista, de modernidad. Las sombras de una pilastra, de unos ventanales altos, avanzan lentamente, con el paso de los minutos, con la amenaza de ocupar el espacio entero. Pero la amenaza se paraliza: la pintura de Cidoncha fija esos límites del tiempo en un instante eternizado. Puede que esos límites sean, a su manera, el fruto de una reflexión barroca, desencantada, sobre el tema esencial de la fugacidad. Me abstengo, eso sí, de hacer interpretaciones filosóficas. Las interpretaciones, como las traducciones, pueden desembocar en traiciones. A pesar de todo, encontramos calaveras aglomeradas, arrinconadas a la vuelta de un cuadro y que parecen representar, diríamos, una presencia barroca, o por lo menos una alusión, una lejana referencia.

Hasta aquí he dejado en el tintero el arte del retrato de Rafael Cidoncha. Sus retratos intensos, casi siempre de pequeño formato, son vibrantes, compactos, dotados de una curiosa densidad, de un peso carnal y expresivo, de personas nombradas y reconocibles. Son personas que miramos y que nos miran, que nos interpelan. A veces, retratos de grupos, de gente que hace vida de grupo y tiene conciencia de hacerla. Otras, personajes fuertes dominantes, en el centro

de sus mundos, de sus constelaciones. Tienen a menudo una expresión de sabiduría, una sonrisa esquiva que no alcanza a abrirse, una mirada que penetra más allá de la apariencia. Lo que ocurre es que la pintura de Rafael Cidoncha entrega sus secretos de a poco, en forma gradual, con serenidad que no cesa, con astucia tranquila.

París, junio de 2012.